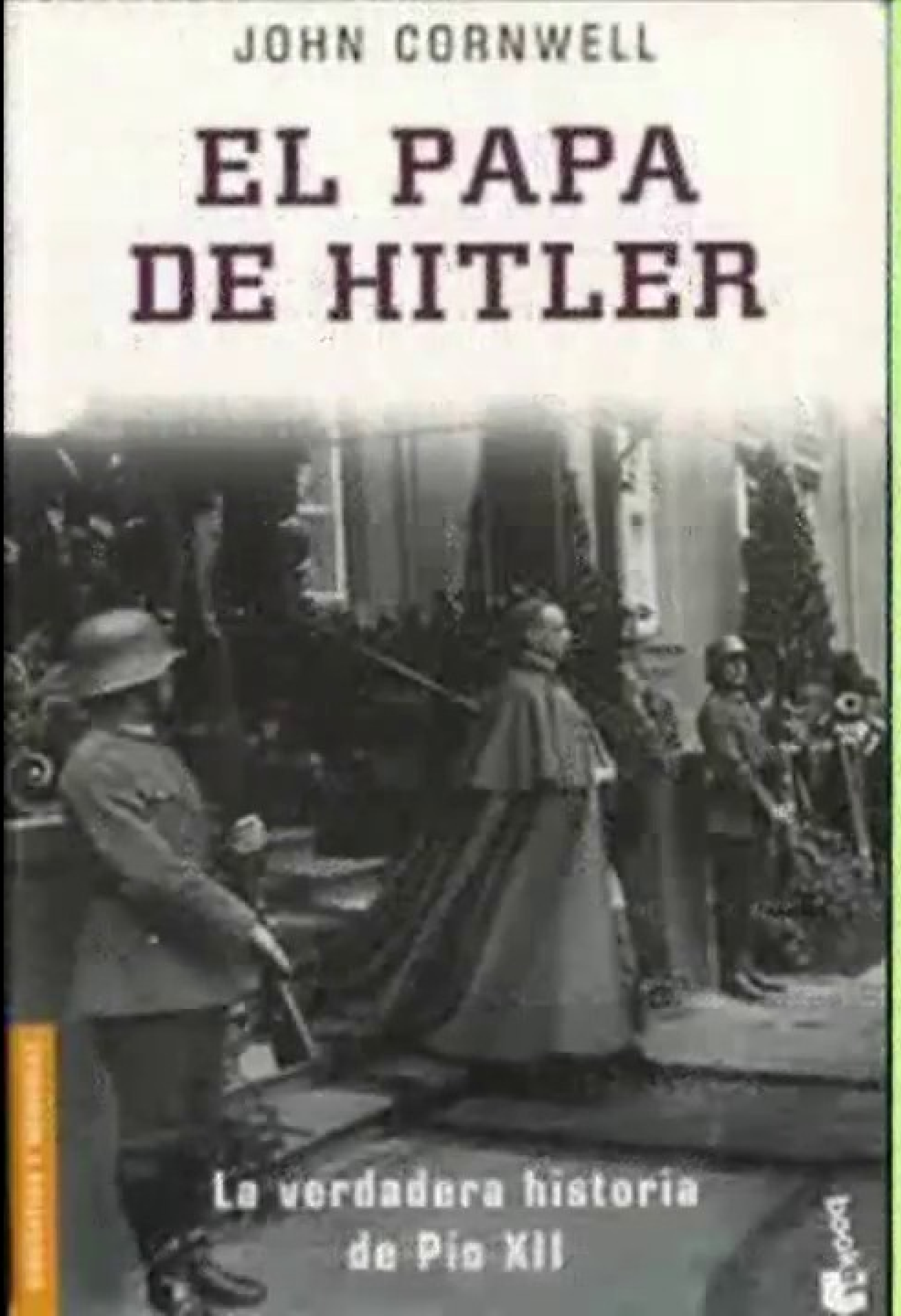
El Reino de Dios
que viene

En la profecia y en la historia

El Holocausto



JOHN CORNWELL

Introducción

Ahora vamos a estudiar la gran tragedia de los judíos en el holocausto nazi, como parte del cumplimiento profético del sufrimiento de Israel en la Diáspora, tal y como lo anunció Moisés en el año 1250 a.C.

He creído oportuno poner en la introducción el texto íntegro de algunas páginas del libro titulado “El Papa de Hitler”, escrito por el historiador católico inglés John Cornwell,

pues los datos que aporta y el análisis que el historiador hace, nos llevan a comprender donde estuvieron las raíces del terrible genocidio de seis millones de judíos bajo el régimen de Hitler.

He aquí las palabras escritas por el historiador inglés.

La antipatía cristiana hacia los judíos, nacida de creencias religiosas o teológicas, aparece en los primeros siglos de la iglesia, fundamentada en la convicción de que el pueblo judío, como tal, era culpable de la muerte de Cristo, siendo por tanto un pueblo «deicida».

Los Primeros Padres de la Iglesia, los grandes escritores cristianos de los seis primeros siglos de la cristiandad, dieron abundantes pruebas de antijudaísmo.

«La sangre de Jesús —escribía Orígenes [185-254]—caerá no sólo sobre los judíos de aquel tiempo, sino sobre todas sus generaciones hasta el fin de los tiempos.»

Y san Juan Crisóstomo afirmaba [347-404]: «La sinagoga es un burdel, un escondrijo de bestias inmundas [...] Ningún judío ha rezado nunca a Dios. [...] Están poseídos por los demonios.»

En el Concilio de Nicea I, en el año 325, el emperador Constantino ordenó que la Pascua cristiana quedara desligada de la judía: «No es conveniente—declaraba— que en la más sagrada de nuestras celebraciones sigamos las costumbres judías;

de aquí en adelante no tendremos nada en común con ese odioso pueblo.»

Vinieron a continuación una serie de medidas imperiales contra los judíos: impuestos especiales, la prohibición de abrir nuevas sinagogas, y del matrimonio entre judíos y cristianos. En los sucesivos reinados imperiales

proliferaron las persecuciones contra los judíos, como antes contra los cristianos. En el siglo V se solía atacar a las comunidades judías durante la Semana Santa y se quemaban sus sinagogas.

Cabe preguntarse por qué los cristianos no exterminaron a los judíos en esos primeros siglos del imperio cristiano. Según las creencias cristianas, los judíos debían sobrevivir y continuar su errante diáspora como señal de la maldición que habían atraído sobre su propio pueblo. De vez en cuando, los papas del primer milenio pedían una suavización, pero nunca el fin de las persecuciones o un cambio de actitud.

El Papa Inocencio III [1198-1216], a comienzos del siglo XIII, resumía la opinión papal del primer milenio cuando afirmaba: «Sus palabras —"¡Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!"— han extendido su culpa a la totalidad de su pueblo, que los sigue como una maldición a cualquier sitio a donde se dirijan para vivir y trabajar, donde nazcan y donde mueran.»

El Concilio de Letrán IV, convocado por Inocencio III en el año 1215, les impuso la obligación de llevar cosido a la ropa un distintivo amarillo.

Los judíos, a los que se negaba la igualdad social con el resto de la población, se les prohibía la propiedad de tierras, se los excluía de la administración pública y de la mayoría de las distintas formas de comercio,

poco podían hacer aparte de prestar su dinero, lo que les estaba prohibido a los cristianos por ley eclesiástica.

Pero aunque se les concedían licencias para hacer préstamos con intereses estrictamente definidos, eran señalados por los cristianos como «chupasangres» y «usureros» que se aprovechaban de sus dificultades financieras y vivían a su costa.

La Edad Media fue una época de incremento en la persecución de los judíos, pese a los ocasionales llamamientos a la contención por parte de los papas más ilustrados.

Los cruzados asumieron como parte de su misión la tortura y asesinato de judíos en su ir y venir a Tierra Santa, y en aquella época se extendió la costumbre de las conversiones y bautizos forzados, especialmente de niños judíos.

Uno de los principales objetivos de la nueva Orden de Predicadores, fundada por santo Domingo de Guzmán, era la conversión de judíos.

Entre dominicos y franciscanos surgió una disputa acerca del derecho de los príncipes a forzar el bautismo de los niños judíos nacidos en su territorio, como derivación de los derechos señoriales sobre siervos y esclavos: según los franciscanos, que en esto se atenían a las enseñanzas del teólogo Duns Scoto,

los judíos eran esclavos por designio divino, mientras que el dominico Tomás de Aquino argumentaba que, según la ley natural concerniente a los vínculos familiares, los padres judíos tenían derecho a elegir para sus hijos la fe que más les acomodara.

Pero la Edad Media se vio marcada también por el insidioso desarrollo de lo que más tarde se llamaría «el libelo sangriento». Desde Inglaterra, donde comenzó a forjarse en el siglo XII, se extendió rápidamente la creencia de que los judíos torturaban y

sacrificaban a niños cristianos, en conexión con el mito del robo consuetudinario de hostias consagradas, el pan de la comunión que en la misa se convertía en «cuerpo y sangre» de Cristo, con el fin de realizar más tarde ritos abominables con ellas.

Al mismo tiempo, los rumores acerca de crímenes rituales, sacrificios humanos y profanación de hostias dieron aliento a la creencia que el judaísmo conllevaba la práctica de «magia negra» con el objetivo de socavar y destruir finalmente la cristiandad.

Las ejecuciones de judíos acusados de crímenes rituales solían ir acompañadas de progromos de comunidades judías a las que se acusaba de emplear artes mágicas para provocar enfermedades como la peste negra y otras calamidades, grandes y pequeñas.

El inicio de la Reforma significó una reducción de tales persecuciones, sustituyendo las brujas a los judíos en la supuesta responsabilidad de infanticidios cometidos con fines mágicos. Pero en la misma época, el Papa Pablo IV [1476-1559] instituyó el gueto y la

obligación de llevar el distintivo amarillo.

A lo largo del siglo XVIII, los judíos fueron alcanzando cierto grado de libertad en las regiones más alejadas del centro romano del catolicismo —Holanda, Inglaterra y los enclaves protestantes de Norteamérica—,

pero los Estados Pontificios siguieron aplicando medidas represivas contra las comunidades judías hasta bien entrado el siglo XIX. En el breve paréntesis de liberalismo que siguió a su elección, como hemos dicho, Pío Nono [papa entre 1846 y 1878] abolió el gueto, pero lo restableció bien pronto tras su exilio en Gaeta. La consolidación del estado-nación italiana puso fin al gueto de Roma, si bien sobrevivió de hecho como área de residencia «natural» para los judíos más pobres de la ciudad hasta la segunda guerra mundial.

Entretanto, el antijudaísmo se mantenía latente, con ocasionales llamaradas durante el papado de León XIII… [1878-1903].

…durante el papado de León XIII irrumpieron formas más acusadas de antijudaísmo entre los clérigos romanos, que sin duda influyeron sobre los seminaristas de las facultades pontificias. Entre febrero de 1881 y diciembre de 1882 aparecieron de nuevo acusaciones de crímenes rituales en la principal revista de los jesuitas, Civiltà Cattólica.

Esos artículos, escritos por Giuseppe Oreglia de San Stefano, S. J., aseguraban que los infanticidios con motivo de las celebraciones pascuales era «práctica común» en el este europeo, y que el uso de la sangre de un niño cristiano era una ley general «que

compromete la conciencia de todos los hebreos»; cada año, los judíos «crucifican a un niño», y para que el sacrificio sea efectivo «el niño debe morir en el tormento».

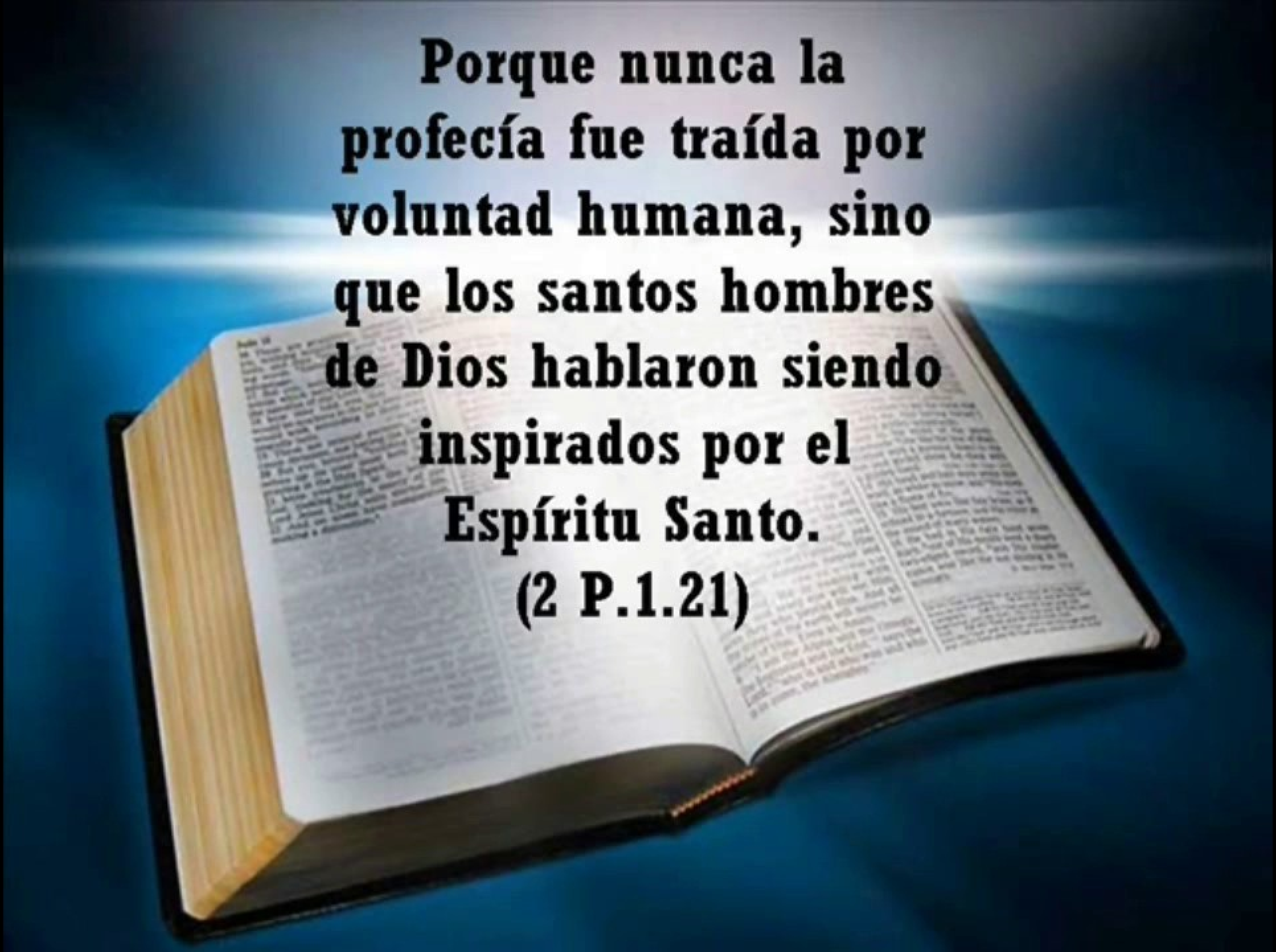
El autor aseguraba que los judíos habían instigado «con astucia» la Revolución Francesa con el fin de obtener la igualdad jurídica y el derecho de ciudadanía irrestricto, y que desde entonces iban ocupando posiciones clave en la mayoría

de las economías europeas con el objetivo de controlarlas y establecer «virulentas campañas contra la cristiandad».

Los judíos constituían «la raza maldita»; eran «un pueblo holgazán que no trabaja ni produce nada, que vive del sudor de los demás». El folleto concluía pidiendo la abolición de la «igualdad jurídica» y la segregación de la comunidad judía del resto de la población.

Aunque la diferencia entre el antisemitismo racista y el antijudaísmo religioso es un hecho, ese material, publicado en Roma..., ejemplifica un mar de fondo de feroz antipatía. Además, esas opiniones aparecían en la principal revista de los jesuitas, que gozaban de la protección papal, lo que indica su alcance potencial al aparecer revestidas de la anuencia pontificia.

Tales prejuicios contribuían así a la expansión de las teorías racistas que culminarían con el furioso asalto a la razón y el holocausto judío por parte de los nazis en la segunda guerra mundial. De hecho, parece plausible que los prejuicios católicos alimentaron ciertos aspectos del antisemitismo nazi.


Porque nunca la
profecía fue traída por
voluntad humana, sino
que los santos hombres
de Dios hablaron siendo
inspirados por el
Espíritu Santo.
(2 P.1.21)

FIN